

La escuela de antropología colombiana. Notas sobre la enseñanza de la antropología

Roberto Pineda Camacho
Departamento de Antropología
Universidad Nacional de Colombia
rpinedac@unal.edu.co

Resumen

Desde el Instituto Etnológico Nacional hasta la última década se ha visto un creciente desarrollo de la escuela de antropología en nuestro país. En efecto, la antropología en Colombia, vista desde la perspectiva académica ha vivido innumerables cambios que influyeron notablemente en la formación de los antropólogos. Así, desde los manuales y textos hasta los diversos cursos que se impartieron durante varios años, la formación de la disciplina ha contribuido de forma notable a que la antropología colombiana tenga cierto peso en América Latina. Este artículo presenta una reseña sobre la formación antropológica a partir de la influencia de los diversos representantes, programas de estudio, textos e instituciones que hicieron posible la profesionalización de esta disciplina en Colombia.

Palabras clave: Historia de la antropología, Antropología latinoamericana, educación en antropología, Colombia

THE SCHOOL OF COLOMBIAN ANTHROPOLOGY. NOTES ON THE TEACHING OF ANTHROPOLOGY

Abstract

From the time of the National Ethnological Institute to the last decade there has been an increasing number of new departments of anthropology in our country. From an academic perspective, Colombian anthropology has experienced several changes with profound effects in the training of anthropologists. A revision of manuals and texts as well as the several courses and seminars taught, shows a gradual consolidation of the discipline reaching an important place in Latin America. This article presents a historical account of Colombian Anthropology, the influence of its founders and main figures, its training programs, texts and institutions that made this discipline in Colombia possible.

Key words: History of Anthropology, Latin American Anthropology, Colombian Anthropology, anthropological teaching

"Yo no he enseñado a mis alumnos antropología. Yo enseñé a mis discípulos a amar la antropología" Graciliano Arcila, Conferencia en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, 20 años de la carrera de Antropología, octubre de 1987 (citado en Robledo, 1995: 133)

EL INSTITUTO ETNOLÓGICO NACIONAL Y LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA EN COLOMBIA

Antes de 1941 existieron algunas cátedras relacionadas con la antropología en diversos centros docentes, pero debemos esperar a la fundación del Instituto Etnológico Nacional para encontrar el primer esfuerzo sistemático de formación antropológica a nivel superior en Colombia.

Durante el Gobierno del presidente Eduardo Santos, por medio de la resolución 1126 de 1941, se creó el Instituto Etnológico Nacional, adscrito a la Escuela Normal Superior, el cual tenía, en efecto, además de funciones investigativas, una escuela de formación de etnólogos.

Allí, como es de conocimiento público, se formarían los primeros antropólogos profesionales de Colombia, ese grupo de pioneros que forjaría durante tantos años -y hasta hoy en día- el destino de la antropología y de las ciencias sociales en nuestro país.

El Instituto Etnológico contaba con una planta excepcional de profesores, que se sumaba al ya también notable grupo de docentes de la Escuela Normal Superior, dirigida por el psiquiatra Francisco Socarrás.

Entre los docentes del Etnológico se encontraban Paúl Rivet, el director del Instituto, el mismo Francisco Socarrás, Gregorio Hernández de Alba, Justus Wolfgang Schotelius, el arqueólogo alemán que huyó junto con su esposa judía del fascismo, Manuel José Casas Manrique, el gran lingüista y políglota; José Castilla Acosta, profesor de geología, y Luis A. Sánchez, docente de museografía, completaban la planta. De tres a siete de la noche, durante más de un año, los antiguos estudiantes de la Normal se especializaron en etnología, sinónimo en esa época de americanismo, en la sede de la Normal Superior en Bogotá (Barragán, 2001: 25).

El programa de estudios, basado en gran medida en el currículum del Museo del Hombre en París, estaba organizado en dos grandes ciclos. En el primer ciclo se escuchaban conferencias sobre

Antropología general, Bioantropología, Etnografía general y Sociología, Geología del cuaternario, Prehistoria general, Lingüística general y Fonética, durante el segundo ciclo se profundizaba en Antropología Americana, Bioantropología Americana, Etnografía y Sociolingüística Americana, Museo y Tecnología, Técnicas de Excavación (a la que se dedicaban dos conferencias) y el Origen del hombre americano (Barragán, 2001: 25-26).

Sin duda, la orientación estaba determinada por Paúl Rivet y su concepción de la etnología, como una verdadera ciencia del hombre, que abarcaba los diversos aspectos de su evolución, condición biológica y cultural, sus manifestaciones históricas y arqueológicas, y sus diversas dimensiones de la cultura; se concebía a las sociedades indígenas como su objeto de estudio, y poca preocupación había por su formación en campos aplicados. Una de las obsesiones del maestro era "rescatar" las tradiciones americanas, antes que la vida moderna las avasallara definitivamente, y criticar el concepto de raza y las posturas racistas predominantes. Para Rivet el proceso histórico era fundamentalmente un acto de mestizaje cultural y biológico permanente, de manera que no existían ni razas ni culturas puras ni superiores.

Pero la enseñanza en el Instituto no se limitaba a las aulas: con frecuencia se extendía hasta la noche en la casa de Rivet quien, junto con su esposa, recibía con verdadero calor a sus alumnos. Estos, por su parte, también estimaban al maestro como un padre, algunas de sus discípulas le remendaban incluso la ropa al venerado profesor.

El trabajo de campo formaba parte fundamental de las actividades del Instituto Etnológico; pronto la mayoría de sus estudiantes se involucró en expediciones a diferentes regiones del país. Los estudiantes de la primera promoción tuvieron la oportunidad de realizar prácticas arqueológicas en Soacha, bajo la dirección de Gregorio Hernández de Alba (Chaves, 1990: 38). (1)

Estas expediciones se anunciaban en la vida social de los periódicos bogotanos; contaban con la presencia de distinguidas señoritas, las antropólogas, quienes -vestidas con pantalones y botas de campaña- escandalizaban sin quererlo a algunos de los sacerdotes de las parroquias que visitaban.

Las labores del Instituto Etnológico se complementaban con la exposición de las colecciones arqueológicas y etnológicas, recogidas en gran parte durante los trabajos de campo. Las piezas eran catalogadas, conservadas, guardadas o exhibidas en el Museo Nacional de

Arqueología e Historia –en el mismo edificio del Panóptico que albergaba las oficinas del Instituto Etnológico y la colección del Museo Nacional– con fines pedagógicos o científicos. En 1955 existían 10.000 piezas originarias de la mayoría de las regiones arqueológicas del país. Entre estas se destacaba una colección de 300 piezas orfebres y una rica muestra de tejidos prehispánicos. La sección de Antropología Física tenía aproximadamente un centenar de esqueletos y una muestra muy significativa de cráneos humanos, mientras que la colección de etnografía había para entonces superado el millar de piezas etnográficas (Duque, 1955: 58-59).

Habría que esperar unos años más para que los egresados del Instituto Etnológico emprendieran por su propia iniciativa el estudio de las influentes corrientes antropológicas norteamericanas –en particular la Escuela de Cultura y Personalidad– a través de los textos producidos por el antropólogo Ralph Linton (*El Estudio del Hombre*, 1944) y el psiquiatra Abraham Kardiner (*El Hombre y la Sociedad*, 1939); su perspectiva se enriqueció con el estudio de la relación entre el individuo y la sociedad a través del concepto de personalidad cultural básica, y la importancia de los estudios de socialización para entender la sociedad y la dinámica del cambio cultural.

Como se sabe, la fundación del Instituto Etnológico estuvo acompañada, asimismo, de la conformación de sendos Institutos Etnológicos regionales en diferentes ciudades del país. En 1946, se establecieron los Institutos Etnológicos del Cauca (por parte de Gregorio Hernández de Alba) y del Magdalena (por parte de los esposos Gerardo y Alicia Reichel Dolmatoff); al año siguiente se fundaría el Instituto Etnológico de la Universidad del Atlántico, en la ciudad de Barranquilla.

Anexo a la Universidad del Cauca, en la ciudad de Popayán, se había abierto con anterioridad un Museo Arqueológico (en 1942) en cuya formación fue decisiva la actividad del antropólogo francés Henri Lehman, que había venido a Colombia por iniciativa de Rivet (comunicación de Héctor Llanos). Por esta época había en dicha región un importante movimiento indigenista –influido por las ideas del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) dirigido por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, por la revista peruana *Amauta*, por los *Siete Ensayos sobre la realidad peruana* (1918) de José Carlos Mariátegui y la novela *Huaspungo* (1934) de Jorge Icaza–; existía también –como lo atestigua el Museo mencionado– un interés por la

arqueología motivado, presumiblemente, por las investigaciones de Pérez de Barradas y Gregorio Hernández de Alba en San Agustín y en Tierradentro, cuyos hipogeos están en jurisdicción del Departamento del Cauca. Hasta el mismo maestro Guillermo Valencia -el archienemigo de Quintín Lame- escribiría un interesante artículo sobre algunas célebres piezas orfebres descubiertas cerca de Popayán, esos grandes "hombres pájaro de oro" en los que Reichel percibió el vuelo del chamán.

Como consecuencia de una visita de Paúl Rivet a Medellín en 1942, bajo la rectoría de Julio César García (autor de uno de los primeros textos de divulgación de la etnología de Colombia) se abrió un espacio para que uno de sus discípulos -Graciliano Arcila- fuese incorporado como docente -en 1943- al Liceo de la Universidad de Antioquia. En el año 1945, se conformó el Servicio Etnológico, por iniciativa del mencionado etnólogo adscrito a la misma Universidad. Al año siguiente, se abrió "un local especial para la presentación de colecciones en el tercer piso de la Facultad de Derecho", al decir del mismo investigador (Arcila Vélez, 1996: 17). Este mismo año de 1946, se fundó la Sociedad de Etnología de Antioquia.

En 1953, el Servicio de Etnología de Antioquia se transformó en el Instituto de Antropología de la Universidad de Antioquia, por iniciativa, además de Graciliano Arcila, de Antonio Crispino Andrade, entonces director del Instituto Colombiano de Antropología. Ese mismo año se editó el primer volumen del Boletín de Antropología de la Universidad y se fundó la Sociedad Antropológica de Antioquia.

Desde el punto de vista histórico, el interés por la arqueología databa, en Antioquia y el Gran Caldas, de la segunda mitad del siglo XIX, cuando una parte de las piezas de los gUAQUEROS fueron a parar a manos de anticuarios-comerciantes, quienes conformarían las primeras grandes colecciones de orfebrería prehispánica en Colombia. En este ámbito se destacó, sin duda, la colección orfebre de Leocadio María Arango, quien tuvo como actividad principal el comercio e ideó un sistema de trueques mediante agentes en los pueblos, con quienes intercambiaba piezas orfebres por mercancías. Leocadio María Arango estableció un horario riguroso para la catalogación y cuidado del museo que estableció en Medellín y en 1905 imprimió un catálogo (Botero, 1996: 61). Parte de esta colección sería la base del Museo de la Universidad de Antioquia y la otra engrosaría la colección del Museo del Oro.

Todos y cada uno de estos centros concebían la antropología como una ciencia del hombre integral, al estilo Rivet y la antropología norteamericana. El Museo formaba parte consubstancial de su actividad investigativa; se percibía como un verdadero laboratorio, en el cual, además, se podía proyectar y divulgar la ciencia del hombre a los demás ciudadanos. A través de las colecciones arqueológicas y etnográficas se presentaba y materializaba, como se anotó anteriormente, la descripción de las culturas prehispánicas y contemporáneas.

Sin embargo, solamente en el Instituto Etnológico de Cauca, de acuerdo con nuestra información, se impartió una formación superior en etnología -además de la ofrecida en el Instituto Etnológico Nacional. Hernández de Alba, quien se había desplazado al Cauca en parte por una disputa previa con Rivet, enfocó la formación de los etnólogos caucanos hacia frentes más aplicados. Gregorio Hernández de Alba, el primer antropólogo colombiano, había estudiado en París, en el Museo del Hombre, y a su regreso a Colombia fundó junto con Antonio García, el Instituto Indigenista de Colombia, en el año de 1941. Posteriormente, durante algunos meses visitó los Estados Unidos y constató la gran participación de los antropólogos estadounidenses en la guerra y en programas aplicados en su propia sociedad. Esta situación, además de su compromiso con las luchas indígenas, lo llevaron a resaltar la importancia de la antropología como ciencia social aplicada, algo que, en realidad, como se mencionó, no enfatizaba la formación rivetiana (Pineda Giraldo, 1999: 30ss).

En este contexto, según el artículo 5 del Acuerdo 128, mediante el cual se creó dicho Instituto, se estableció que este último estaría dedicado a la investigación y a la enseñanza “de la Etnología o Antropología Social, especialmente de América, de Colombia, y de las regiones que formaron la antigua Gobernación de Popayán. Se dispuso, además, que dicho Instituto tendría a su cargo la organización y formación del Museo Etnográfico y Arqueológico de la Universidad.

El plan de estudio tenía una duración de dos años, y sus materias estaban organizadas en tres grandes grupos: el primer grupo comprendía las materias clásicas de la Etnología; el segundo abarcaba tres grandes materias: Sociología, Sociología Americana y Colonización española. El tercer grupo correspondía a seminarios. Sin duda, el programa presentaba otra visión de la Etnología e incluía una perspectiva social mucho más amplia que su homólogo de Bogotá (Méndez, 1967: 7).

Para sus labores de enseñanza contó, en aquella época, con la colaboración de importantes investigadores como Juan Friede y Henri Lehman, y con la presencia de jóvenes -y futuros grandes antropólogos norteamericanos- tales como John Rowe, famoso especialista en los incas de la Universidad de California, Raymond Crist, el geógrafo y, sobretodo, de George Foster, sin duda uno de los grandes antropólogos aplicados contemporáneos. En Popayán se auspiciaron los estudios sobre comunidades negras (el mismo Gregorio Hernández de Alba escribiría un interesante trabajo sobre la historia de la manumisión); en el Instituto Etnológico del Cauca recibieron cursos, entre otros, Rogerio Velásquez y Aquiles Escalante, dos -junto con el padre jesuita Rafael Arboleda- de los pioneros de los estudios afroamericanos en nuestro país. Hernández de Alba creó un proyecto aplicado en algunas comunidades caucanas, donde los profesores y estudiantes tenían la posibilidad de formarse y contribuir a la solución de los problemas humanos de la región. (2)

Lamentablemente, a medida que la violencia se adueñaba del país, el cerco político sobre Gregorio Hernández de Alba y algunos de los mejores antropólogos se estrechó. En Bogotá, doña Blanca Ochoa de Molina fue destituida de su cargo del Instituto Etnológico Nacional y otros antropólogos -como Roberto Pineda Giraldo y su esposa, doña Virginia Gutiérrez- se vieron obligados a renunciar por discrepancias políticas con la dirección del ICAN y las directrices del gobierno central.

El mismo Gregorio Hernández de Alba fue, a principios de 1950, objeto de un atentado en su casa en Popayán por haberse atrevido a denunciar el genocidio de un grupo de Paeces asesinados a sangre fría después de haber sido maniatados con alambres de púas; entonces se vio obligado a abandonar esta ciudad y se trasladó a Bogotá. Todas estas circunstancias afectaron notablemente la enseñanza de la antropología en el Cauca y esta actividad se paralizó de forma temporal.

EL INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA Y SU ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA

En 1952 el Instituto Etnológico Nacional cambió su nombre y se reestructuró, designándose Instituto Colombiano de Antropología. Las razones y consecuencias de este nuevo nombre serían obje-

to de otra discusión, pero de todos modos -en lo que atañe a nuestro tema- se planteó un nuevo programa y otros requisitos de ingreso a los estudios. El programa era accesible a profesionales que por lo menos hubiesen tenido dos años de escolaridad universitaria; los egresados obtenían el título de licenciados. La Revista del Instituto Etnológico Nacional también fue modificada, recibiendo el nombre que aún conserva "Revista Colombiana de Antropología".

En 1953, según un informe oficial, se inauguró en los salones del Instituto un curso de Estudios Antropológicos, cuya duración total era de tres años:

Las materias del I año eran:

- Antropología general.
- Geología y Paleontología.
- Prehistoria y protohistoria del Viejo Mundo.
- Introducción al estudio del lenguaje
- Anatomía.
- Antropología Física y Antropometría.
- Orígenes del Hombre Americano.
- Historia de las Teorías Antropológicas.
- Historia de la Arqueología.
- Historia y concepto de la Cultura.

El segundo año incluía los siguientes cursos:

- Áreas culturales y familias lingüísticas
- Introducción a la arqueología de América.
- Introducción a la Museografía
- Metodologías de Investigación.
- Antropogeografía de Colombia.

Durante el tercer año, se cursaban ciertas materias de intensificación de Lingüística, Arqueología, Culturas Aborígenes, Cultura Criolla, Antropología Física (Barragán, 2001: apéndice p. 10; *Revista Colombiana de Antropología Vol. 1*, 1953: pp. 455-457). El cuarto año estaba consagrado para la "investigación personal en el terreno".

En realidad, como puede observarse, el programa continúa con una concepción integral de la antropología, particularmente de la antropología norteamericana (entre tanto la Etnología francesa se

había fragmentado en campos de especialidades con formación independiente). En los diferentes campos mencionados se enfatizan los cursos de "métodos y técnicas de investigación", por ejemplo "métodos y técnicas de investigación arqueológica" y "métodos y problemas de la Lingüística comparada". Quizás la novedad mayor sea, en el acápite de Materias de intensificación, el definido como Cultura Criolla, que comprende, entre otros, los siguientes temas:

- Historia de la cultura española.
- Antropogeografía de América.
- América Indígena en la Conquista y en la Colonia
- Introducción al Africanismo.
- Teorías de la Cultura criolla.

En 1961 se reorganizó nuevamente el Instituto Colombiano de Antropología y en su estructura mantuvo la Escuela de Antropología, que en términos generales funcionaba con la misma filosofía, es decir, una visión totalizadora de la antropología; y se exigía la elaboración de una tesis grado. La Escuela cerró sus puertas en 1964, con un total de 16 graduandos.

El pénsum de la década del sesenta comprendía asimismo una duración de cuatro años:

Durante el primer año se cursaban las siguientes materias: Teorías del Origen del Hombre, Antropología General, Prehistoria y Protohistoria, Historia y Concepto de Cultura (Historia de las Teorías antropológicas) y Anatomía Antropológica (Antropometría); el segundo año comprendía también un curso sobre el Origen del Hombre Americano, y otros relacionados con la Historia de la Arqueología, Introducción a la Museografía, Lingüística Aborigen, Metodología de la Investigación Histórica, Antropogeografía de Colombia y Fundamentos de Antropología Filosófica.

Durante el tercer año se estudiaba Organización social y Economía Primitiva, Áreas culturales Aborígenes de Colombia, Estadística, Arqueología de la América Nuclear, Religión y Mitología de los Pueblos Primitivos, Historia de la Cultura Española, Africanismo y cultura de nuestros grupos negros, Teorías de la Cultura Criolla, Arte Primitivo, Etnobotánica y América Indígena en la Conquista y en la Colonia.

Durante el cuarto año se ofrecían seminarios de Sociología, Psicología y Dinámica cultural y se realizaba el trabajo de campo o,

en términos del programa, como ya se mencionó, "una investigación personal en terreno".

La Escuela del sesenta estuvo dirigida por José de Recasens; entre sus profesores cabe mencionar, entre otros, a Luis Duque, Jaime Jaramillo Uribe, Manuel Lucena Salmoral, Sergio Elías Ortiz, fray Alberto Lee L., Néstor Uscátegui, Milcíades Chaves y Hernando Bernal.

Una gran parte de las cátedras era impartida por el mismo director (entre ellas aquella relacionada con la cultura criolla y "la culturas negras"); los cursos tenían una duración promedio de 30 horas. En arqueología se leía el texto *Arqueología de Campo* de Mortimer Wheeler (1967); el célebre texto de Juan Comas, *Manual de Antropología Física* (1961) era una lectura obligada en los cursos de Antropología Física; en el área social se estudiaba, además de los textos de Abraham Kardiner y Ralph Linton citados, el para entonces famoso libro de Melville Herskovitz titulado *El hombre y sus obras* (1947). Pero también los estudiantes proseguían estudiando con avidez el *Origen del Hombre Americano* (1943) de Paúl Rivet y ahora podían disponer de una importante literatura etnográfica producida por sus propios profesores egresados del Etnológico. En el curso Teorías Antropológicas –a cargo de Jaime Jaramillo U.– se leía la *Historia de la Etnología* de Robert Lowie (1934) (comunicación personal de los profesores Gonzalo Correal y Jaime Jaramillo U.).

La Escuela no estuvo tampoco al margen de las disputas ideológicas de su entorno social. Milcíades Chaves fue destituido de su cargo de profesor por hacer una apología de la Revolución Cubana; más tarde, Juan Friede, por entonces investigador del Instituto de Antropología, se distanció y renunció por discrepancias con la dirección respecto a la postura frente a los misioneros.

De la Escuela de Antropología egresó una generación "bisagra" que aportó de manera significativa a la antropología colombiana. Entre ellos se destacaron, Gonzalo Correal, Nina de Friedemann, Álvaro Chaves, Miguel Méndez, Yolanda Mora de Jaramillo, entre otros.

Como puede observarse, la orientación de la Escuela continuaba influida por la tradición rivetiana, aunque se había abierto notoriamente hacia otros campos. Los estudios afroamericanos tenían ya cierto reconocimiento, si bien es cierto que algunos connotados antropólogos no veían bien su inclusión en el campo

de la antropología y por lo general muchos de los mejores estudios que al respecto se venían haciendo desde lustros atrás se publicaron en la Revista Colombiana del Folclor.

En una nota Informativa publicada en la Revista Colombiana de Antropología, en su volumen XII de 1963, firmada por el doctor Francisco Márquez Yánez -quien tanto hizo por el Instituto Colombiano de Antropología- se da cuenta de la renuncia del director del ICAN -Luis Duque- para asumir el cargo de decano de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional, y de la dimisión, también, de Gerardo Reichel Dolmatoff a su cargo de jefe de Investigaciones del Instituto, para desempeñar el cargo de jefe del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes. Estos movimientos anunciaban una nueva fase de la antropología colombiana: su desplazamiento hacia los centros de educación superior universitarios públicos y privados.

GÉNESIS Y ORIENTACIÓN DE LOS DEPARTAMENTOS DE ANTROPOLOGÍA

A partir de la década del sesenta asistimos, en efecto, a la fundación de 4 Departamentos de Antropología. En orden de fundación, estos se establecieron en la Universidad de los Andes (1963), Universidad Nacional (1966), Universidad de Antioquia (1966) y Universidad del Cauca (1970). En la Universidad Javeriana también se conformó otro departamento de Antropología, con notable incidencia en la difusión de la Antropología en otras carreras de la misma Universidad y un calificado grupo de profesores, pero que no incluyó la formación profesional de antropólogos.

El Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes fue fundado por Gerardo Reichel Dolmatoff, con la colaboración de doña Alicia Dussán de Reichel y un distinguido grupo de profesores; su primer egresado -Juan Yangüez- se graduó en 1968. Gerardo Reichel, junto con su grupo de profesores, establece un programa en el cual se presentan las cuatro ramas de la antropología, más un curso de antropología aplicada. El Departamento se enfocó, sobretodo, a la arqueología y al estudio de las poblaciones indígenas en el marco de una etnología de urgencia; se fomentó, particularmente, el estudio de las sociedades de tierras bajas y el estudio de diversas áreas arqueológicas de Colombia.

Sin embargo en 1966 se organizó también un trabajo sobre poblaciones campesinas y mestizas. No hay que olvidar que el mismo Reichel había elaborado, junto con su esposa doña Alicia Dussán, ese clásico de la antropología colombiana, *People of Aritama. The cultural Personality of a Colombian Mestizo Village* (1961), una extraordinaria etnografía de la población de Atanques, que por entonces experimentaba un proceso de transición de sociedad indígena a campesina mestiza.

Además de los esposos Reichel, el cuerpo docente del Departamento estaba conformado, en sus primeros años, por José de Recasens, Sylvia Broadbendt, Remy Bastien, Lucy Cohen, Stanley Long, Juan Villamaría y Segundo Bernal. Algunos años después se sumarían Egon Schaden, Ann Osborn y Jon Landaburu, entre otros profesores.

El Departamento de Sociología de la Universidad Nacional fue fundado en 1959 adscrito a la Facultad de Ciencias Económicas. Una parte significativa de sus profesores estaba conformada por distinguidos antropólogos -Virginia Gutiérrez, Roberto Pineda Giraldo, Milcíades Chávez, Juan Friede, entre otros.

A partir de 1961 se programaron, en este ámbito, algunos cursos de antropología social que permitieron, desde 1963, otorgar el título de licenciado en sociología con especialización en antropología social. En 1964, se graduaron las dos primeras licenciadas en sociología con especialización en antropología social (Ligia de Ferrufino y Gloria Triana) (Román, 1986: 7 ss.)

En 1966 se creó el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional, conformado por Luis Duque Gómez, Virginia Gutiérrez, Milcíades Chaves, Enrique Valencia y Remy Bastien, al cual pronto se uniría doña Blanca Ochoa de Molina.

En un Informe del año 1967 elaborado por doña Alicia Dussán de Reichel, presentado en una reunión en torno a la integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas, en ciudad de México, la citada antropóloga sintetiza el estado de la enseñanza de la antropología en Colombia en el siguiente cuadro:

Cuadro No. 1

| Estado de la Enseñanza de la Antropología en Colombia (1967) | | | |
|--|---|---|---|
| | Departamento Universidad de los Andes | Departamento Universidad Nacional | Departamento Universidad de Antioquia |
| Título que otorga | Licenciatura | Licenciatura | Licenciatura |
| Nivel de los cursos | Elemental | Elemental | Elemental |
| Número total de profesores | 7 | 6 | 3 |
| Profesores de dedicación exclusiva | 6 | 2 | 3 |
| Número de Alumnos | 65 | 52 | 10 |
| fuente: Dussán de Reichel A., 1967: 67) | | | |

En este caso, nivel elemental debe entenderse como estudios de introducción general a las diferentes disciplinas, de acuerdo con un programa de pregrado.

La profesora Alicia Dussán enfatiza, de otra parte, la importancia de la actividad docente, mediante cursos introductorios para estudiantes de otras profesiones diferentes a la antropología, dictados en facultades de medicina y arquitectura; estima la citada investigadora que para entonces por lo menos 50.000 estudiantes habían recibido por lo menos un curso introductorio de tres horas. Asimismo, enfatiza la necesidad de realizar investigaciones en arqueología profundizando en los campos de las "etapas paleoindia, arcaica, formativa, advenimiento de la cerámica y de la agricultura", en etnología [de acuerdo con el programa esbozado por la misma profesora en "Problemas y Necesidades de la investigación etnológica en Colombia" (1964)] y en Antropología social, siguiendo posiblemente las directrices del proyecto "Pluralidad cultural de Colombia", elaborado por Gerardo Reichel Dolmattoff en el Departamento de Antropología de los Andes. También anota la casi total ausencia de investigaciones en lingüística y antropología física, y la urgencia de realizar este tipo de actividades en "lugares y razas en vía de desaparición" (Dussán de Reichel, 1967: 70-71).

En el *Informe sobre la enseñanza y la situación de los centros de investigación en Colombia* se incluye también un escrito del antropólogo Enrique Valencia, titulado "Los estudios Antropológicos en el marco de la Universidad Nacional", el cual explicita importantes puntos con relación a la pertinencia de la antropología y la

filosofía y metodología de formación del nuevo antropólogo. Entre otros aspectos, el documento sostiene la necesidad de formar, a nivel de pregrado, un antropólogo general, con competencia en los diferentes campos de la disciplina, con una formación amplia e interdisciplinaria. "General, advierte Valencia, no es, pues, vaguedad, imprecisión u horizontabilidad conceptual y de campo, sino ausencia de especializaciones" (Valencia, 1967: 69).

La formación del antropólogo debe ser adecuada de manera que le permita dar "respuestas antropológicas a problemas sociológicos" (Valencia, 1967: 69; Román, 1986: 2-4). De otra parte, Valencia estima fundamental el entrenamiento en el trabajo de campo y la inclusión de materias relacionadas con la aplicación de la antropología (indigenismo, programas de desarrollo de comunidades indígenas y marginales, programas de desarrollo social y cultural en situaciones interculturales, programas de castellanización y alfabetización, programas de aculturación y cambio tecnológico, museología, problemas de la docencia antropológica, etc.) (Valencia, 1967: 85). Sin duda, como buen alumno de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en ciudad de México, concebía a la antropología como una disciplina también dirigida a solucionar problemas sociales y comprometida en apoyar en estas actividades al Estado. Esto no significa que careciera de una perspectiva crítica, ya que por entonces Valencia estaba ligado al Frente Unido de Camilo Torres y a su regreso a México, formaría parte -después de la crisis de la Escuela Nacional de Antropología- del grupo de jóvenes antropólogos mexicanos que rompieron con la filosofía y postulados indigenistas mexicanos, y participaría en la redacción de uno de los ensayos contenidos en el famoso manifiesto de 1970 *De eso que llaman Antropología mexicana* (Román, 2003: 242-243).

Tanto los planes de estudio de la Universidad de los Andes y de la Universidad Nacional, del año 1968, en términos generales reflejaban una orientación amplia y comparativa de la antropología. En ellos se encuentran cursos tales como Etnología General, Etnología de América del Sur, Arqueología de América, o -en el pécsum de la Universidad Nacional- cátedras tales como "Etnología de África, Asia y Oceanía", "Arqueología y Etnología de Norteamérica", "Arqueología de los Andes centrales", etc.

Se pensaba que un antropólogo debía tener una perspectiva mundial o comparativa general. No estaba muy lejos del ideal de ciertas universidades norteamericanas en las que el graduando de

doctorado debía estar en capacidad de hablar con cierta competencia de la etnografía de cualquier área cultural del mundo.

Sin embargo, la Nacional tenía una orientación más sociológica -expresada en la designación de antropología social- y estaba orientada hacia otros campos de la problemática nacional. No obstante, a pesar de la existencia de ciertas diferencias, los programas de estudio seguían marcados por las líneas funcionalistas, por perspectivas derivadas de la Escuela Cultura y Personalidad, Linton seguía siendo uno de los textos de estudio, o por los enfoques de la Antropología cultural norteamericana. (3)

El núcleo de los profesores universitarios de las dos universidades estaba constituido en gran parte por aquellos etnólogos formados alrededor de Paúl Rivet en el Instituto Etnológico; en su mayoría habían ya efectuado contribuciones muy significativas, como se mencionó, a la antropología colombiana y eran verdaderas autoridades en sus respectivos campos.

En 1967, el Instituto de Antropología de la Universidad de Antioquia se transformó en el Departamento de Antropología, y se deslindó de forma más clara la actividad del Museo Arqueológico de la Universidad. Graciliano Arcila asumió la dirección del Departamento, al cual se agregaron diferentes docentes; de Italia y México, respectivamente, vinieron los profesores Jorge Mario Manzini y Juan Hasler; jóvenes egresados de la Universidad Nacional -entre ellos Hernán Henao y Luis Guillermo Vasco- se incorporaron a la planta. Los hermanos Daniel y Gerardo Botero se encargaron de las cátedras de Prehistoria y Paleontología respectivamente. El equipo docente se reforzó con las conferencias que dictaron doña Blanca de Molina, Julio César Cubillos, Yolanda Mora de Jaramillo y Gonzalo Correal, entre otros (Arcila Vélez, 1994: 22).

El Departamento de Antropología de la Universidad del Cauca tuvo un génesis relativamente similar. A pesar del retiro de Gregorio Hernández de Alba, el Instituto Etnológico no cerró del todo sus puertas, aunque cesó la formación académica; en el año de 1955, el arqueólogo Julio Cesar Cubillos asumió la dirección; Cubillos realizó investigaciones arqueológicas en el Morro, en las goteras de Popayán y en la región Tumaco del Pacífico, y promovió estudios aplicados en el barrio Alfonso López -el barrio obrero- de la ciudad de Popayán (Información de Héctor Llanos).

En 1967 un acuerdo del Consejo Superior de la Universidad lo transformó en el Instituto de Antropología, cuya sede estaba loca-

lizada en la Casa Mosquera, y contaba también con la existencia de un Museo Etnológico y Arqueológico, bajo la dirección de Miguel Méndez (Méndez, 1967).

En 1970, se creó la Facultad de Humanidades; en este ámbito, y gracias también a la iniciativa, entre otros, del antropólogo Hernán Torres, se configuró en ese mismo año un Departamento de Ciencias Sociales dividido en secciones de antropología, sociología y psicología. El antiguo Instituto de Antropología fue transformado finalmente en Instituto de Investigaciones Sociales, el cual, junto con el Instituto de Investigaciones Históricas "José María Arboleda" formaba parte de la mencionada Facultad.

En 1973, se abrió la carrera de antropología y sus primeros egresados se graduaron en 1978; tres de ellos hicieron tesis en arqueología; otros tres, en comunidades afrocolombianas; finalmente, una de ellos realizó un interesante trabajo sobre el resguardo de Caquiona (Cauca). Bajo la decanatura del antropólogo Luis Horacio López, el Departamento cogió un nuevo auge, con el apoyo de un novel grupo de profesores.(4)

El primer pénsum enfatizaba una perspectiva macro de la antropología (Arqueología de América, Arqueología de América del Sur, etc.); fue reformado sucesivamente en 1973 y 1975 (y finalmente en 1995). A pesar de los cambios el programa del Cauca conserva un perfil similar al de los otros departamentos de Antropología, con énfasis en las cuatro ramas de la Antropología.

LA REVOLUCIÓN LLEGA A LOS CLAUSTROS

Hacia finales de la década del sesenta y principios de setenta del siglo XX, la Universidad colombiana vivió un momento crítico. Un fuerte movimiento estudiantil, en particular, cuestionó las bases de la reforma universitaria (el Plan ATCON) y la orientación de muchos de los programas de estudio. En la Universidad de los Andes, esta situación precipitó -aunque no fue causa suficiente- el retiro del profesor Reichel, su esposa y un grupo de profesores. La Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional sufrieron procesos similares que repercutieron, también, en el retiro o aislamiento de algunos de sus más experimentados profesores. En 1971, por ejemplo, Graciliano Arcila dejó la jefatura del Departamento, y

se encargó de la dirección del Museo, en donde se mantendría activo a lo largo de las décadas siguientes.

Como consecuencia de este proceso, la legitimidad académica de los programas de antropología para entonces vigentes se puso en duda y se dio una especie de revolución en los claustros.

Con base en una lectura no académica del marxismo, particularmente del marxismo leninismo en diversas versiones, pero también del marxismo francés de Althusser y Balibar, los jóvenes profesores (egresados por lo general de los mismos centros docentes) y parte del cuerpo de estudiantes cuestionaron los currículum, las materias, e incluso, como se mencionó, a los profesores. En general los estudiantes de antropología percibían que esta disciplina era una herramienta colonial y que era necesario deshacerse de la teoría clásica de la antropología para generar una disciplina crítica y transformadora de la realidad. Algunos antropólogos llegaron a quemar sus libros de antropología y otros se casaban delante de una imagen de Mao Tse Tung.

Percibimos la antropología norteamericana, de manera simplista, como una disciplina cuyas categorías eran irrelevantes para pensar nuestra realidad, sin tener en cuenta que en gran parte la misma antropología mexicana había sido influida de forma considerable por grandes antropólogos norteamericanos –Oscar Lewis, Fred Eggan– que abrieron la antropología a nuevos campos y problemas.

En los Andes los estudiantes no sólo creíamos tener la capacidad de diseñar los nuevos currículum sino que después de una célebre Asamblea Estudiantil –en la que aceptamos con alborozo juvenil la renuncia de nuestros profesores– nos dedicamos también a designar a los nuevos docentes, que serían propuestos a las autoridades de la Universidad para su nombramiento. Muchos de ellos provenían de la Nacional, donde percibíamos el norte de la revolución.

Este proceso, sin duda, era más general y también afectaba, por ejemplo, a la antropología mexicana. Los jóvenes antropólogos (as) mexicanos se rebelaron contra sus antecesores y maestros, contra el indigenismo oficial y el tipo de antropología aplicada que promovía. *De eso que llaman la antropología Mexicana* (1968), escrito por los que serían luego ilustres antropólogos mexicanos (entre ellos Bonfil Batalla), pregonaba, como se mencionó, la crisis de la antropología oficial y la necesidad de buscar nuevos enfoques para la antropología mexicana.

Este movimiento se plasmó no solamente en nuevos programas de estudio sino en "nuevos ámbitos" de estudio. Muchos tesisistas se dedicaron a estudiar el problema agrario, la situación campesina, la pobreza, etc., con una clara intención política relacionada con las luchas campesinas y su búsqueda de una reforma agraria integral.

La antropología se percibió, entonces, como un instrumento en la lucha de clases o en la perspectiva de crear una ciencia crítica, nacional y de masas. De esta forma, también en los departamentos de Antropología se leyeron muy tempranamente las obras de los antropólogos marxistas franceses -Maurice Godelier, Claude Meillasoux, etc.- aún antes de su entrada en el habla inglesa; los debates sobre las formaciones sociales y la articulación de los modos de producción eran frecuentes y teóricamente importantes.

Como en muchos otros centros docentes del mundo, el manual de Marta Hanucker sobre el marxismo y las discusiones sobre la teoría de la dependencia entraron en nuestra agenda. En el nuevo programa de antropología de la Universidad Nacional del año 70 se reflejan estas discusiones y polémicas. Si bien es cierto que se continuaba con una orientación en antropología social, el nuevo currículum estaba estructurado sobre la base de un eje teórico fundamentalmente basado en autores.

Teoría Antropológica I (Durkheim)

Teoría II (Marx I)

Teoría III (Marx II)

Teoría IV y V (Morgan)

Teoría VI (Malinowski)

Teoría VII (Lévi-Strauss).

En este caso, el programa de antropología reflejaba la influencia del Departamento de Sociología, en donde un grupo de profesores -con Darío Mesa a la cabeza- sostenía la primacía de la formación teórica a toda costa.

No es este el momento de evaluar esta concepción de la enseñanza de la antropología, que por lo demás continuaba dando una gran importancia al trabajo de campo y a la etnografía. Pero se creó una especie de cisma entre maestros y discípulos que entorpeció, por lo menos durante algunos años, la transmisión de su experiencia académica. Mientras que algunos estudiantes y jóvenes antropólogos sostenían la irrelevancia del concepto de "cultura", algunos maestros

veían con cierta reticencia la inclusión de Marx en los programas de estudio alegando que no era antropólogo (Román, 1986: 21). El énfasis en las etnologías mundiales también desapareció, así como la influencia de la escuela de cultura y personalidad.

Durante la década del setenta, la responsabilidad de la transmisión de la enseñanza de la antropología cayó en manos, en general, de una nueva generación de antropólogos que daba gran importancia al compromiso social de la disciplina, en lo que alguien llamó una "antropología de la acción"; los programas de antropología se impregnaron de una forma u otra de una inspiración marxista que consideraba necesario tener una fuerte aproximación entre la historia y las ciencias sociales y que ponía énfasis en la economía política de los fenómenos estudiados. Esta transición no era, sin duda, fácil, ya que Marx apenas había esbozado sus reflexiones sobre las "sociedades primitivas" y la discusión acerca de los modos de producción requería precisamente una investigación teórica y empírica que con frecuencia colisionaba con las urgencias políticas prácticas. En parte la teoría antropológica clásica fue percibida como un producto colonial y la antropología aplicada, en particular, fue estigmatizada como una herramienta de dominación colonial. Esta "desvalorización" de la teoría clásica (con la excepción de la teoría estructuralista cuyos modelos y pretensiones no era fácil de minimizar) tuvo importantes efectos en la práctica etnográfica y en sus productos y dificultó la discusión de los problemas fundamentales de la disciplina.

De otra parte, la desvalorización de la antropología aplicada en la Academia fue en contravía con la creciente demanda de antropólogos en instituciones del estado y otros organismos que precisamente los contrataban para diseñar políticas, ejecutar e implementar programas o evaluar situaciones de cambio social.

REFLEXIONES FINALES

Sin duda, uno de los impactos más significativos de la creación de los Departamentos fue la "multiplicación" de los antropólogos. Si entre 1942 y 1955 se habían graduado 22 antropólogos, y entre 1958 y 1964, como se dijo, únicamente 16, para 1978 de los Andes se habían graduado 163 antropólogos, de la Nacional 37, de la Universidad de Antioquia (desde 1972) 26, y del Cauca (a partir de

1976) 10 profesionales. Para entonces existía un total de 302 antropólogos (146 eran mujeres y 156 hombres) de los cuales 28 se habían graduado en universidades del exterior (Uribe, 1980: 290).

En 1979, 68 antropólogos trabajaban en el sector oficial y 62 en la docencia. En el censo de ese año no se tenía información sobre un número considerable de ellos (116) lo que hace presumible que desarrollaran otras actividades diferentes a las de la profesión.

Durante los años 80 y 90, los programas de antropología de casi todas las universidades sufrieron modificaciones. Pero en general conservaron un perfil relativamente uniforme. Se enseñan las cuatro ramas de la antropología, se termina con una tesis basada por lo común en un trabajo de campo. Sin duda, hay ciertas diferencias. En la Universidad Nacional siguió predominando un programa articulado en las teorías, con una formación común pero que permite cierta especialización en las fases finales del programa. En la Universidad de los Andes se enfatizó la idea de la formación más general. La formación aplicada ha sido reducida o mínima, a pesar de la introducción de ciertas materias que intentan suplir esta falencia.

Hacia 1991 la proporción de egresados de las Universidades había cambiado. De los Andes se habían graduado 300 antropólogos; de la Universidad Nacional, 222; la participación de los egresados del Cauca y Antioquia también subió significativamente, 115 y 176 profesionales respectivamente. Los graduados en el exterior se estimaron nuevamente en 28, lo que refleja, sin duda, la escasa formación de postgrado de la mayoría de los antropólogos y una especie de insularidad de nuestra antropología. El total de antropólogos se estimó en 779 (Jimeno *et al*, 1991: 76).

Cuadro No. 2

Centros de formación y egresados (1991)

| Institución | Número de antropólogos |
|--------------------------------------|------------------------|
| Instituto Etnológico Nacional | 22 |
| Instituto Colombiano de Antropología | 16 |
| Universidad Nacional | 222 |
| Universidad de los Andes | 300 |
| Universidad de Antioquia | 76 |
| Universidad del Cauca | 115 |
| Universidades Extranjeras | 28 |
| TOTAL | 779 |
| | |

La muestra de egresados del año 91 (99 personas) reflejó que por lo menos el 50 % de los mismos estaban vinculados a universidades públicas y privadas, y que el Estado y las ONG absorbían un 27.3 % y 14.1 % de los empleos, respectivamente (Jimeno et al, 1991: 59).

Sin embargo, el estudio elaborado por Jimeno, Sotomayor y Zea (1991) demostró de manera preocupante no solo que la producción de los diferentes egresados no era homogénea, sino que una parte muy significativa de la producción de los mismos correspondía únicamente a su tesis de grado (en su mayoría tesis de pregrado). (5)

No contamos, de acuerdo con mis conocimientos, de un estudio que registre las tendencias actuales (2002) de la profesión. Es indudable, sin embargo, que el número absoluto de antropólogos se ha incrementado, aunque se presentan nuevas tendencias en los diversos departamentos. Mientras que el número de graduados del Departamento de Antropología de los Andes se ha disparado, el ritmo de egresados de la Nacional se ha vuelto mucho más lento. Entre 1991 y 2002 se han graduado, en los Andes, por ejemplo, casi 200 nuevos antropólogos. Un cálculo aproximado del número actual de antropólogos permitiría pensar su número en más de 1500, en su mayoría con título de pregrado, que participan en múltiples sectores y actividades a nivel nacional.

Es indudable que los Departamentos de Antropología han contribuido de forma notable a la consolidación de la antropología en Colombia y de las ciencias sociales en el país. La emergencia de nuevos centros de enseñanza de la antropología -en la Universidad de Caldas, en la Universidad del Atlántico, en la Universidad del Magdalena o en la Universidad Externado de Colombia- y la conformación de postgrados en Antropología en la Universidad Nacional, y en las Universidades de los Andes, Cauca y Antioquia reflejan la dinámica de la antropología en Colombia.

Si se mira con cierta perspectiva histórica, podríamos decir que -a pesar de los cambios- hemos mantenido ciertos patrones institucionales desde la fundación de los primeros cursos de antropología en el Instituto Etnológico Nacional, si bien actualmente las orientaciones teóricas se han modificado (parcialmente), flexibilizado y remozado. Se han introducido 6 nuevos enfoques teóricos posestructuralistas; los estudios postmodernos y autores como Clifford Geertz, Michel Foucault, Marc Auge, Néstor García Canclini

se analizan en los cursos; la antropología posmoderna norteamericana, los estudios culturales, los enfoques postcoloniales y los estudios subalternos también forman parte de la nueva agenda.

Los Departamentos de Antropología han contribuido de forma notable a que la antropología colombiana tenga cierto peso en América Latina, junto con la mexicana, la brasilera o la peruana. Somos una antropología con trayectoria y perfil específico. Uno de nuestros desafíos es, sin duda, asumir con fuerza la formación de postgrado, sin afectar las tradiciones sólidas de nuestro pregrado. La organización de estudios de postgrado en Antropología sin duda debe incidir en la formación de pregrado, permitiendo una sincronización con otros programas a nivel internacional. Veo, sin embargo, con preocupación, la pérdida del peso del trabajo de campo en la formación de los antropólogos de pregrado, porque, como lo sostenía Ángel Palerm, este sigue siendo un distintivo fundamental de la profesión.

Otro reto que se nos plantea es si debemos continuar con nuestro esquema de enseñanza de la antropología, o modificarlo, al estilo de los mexicanos, algunos de cuyos pregrados incluso se encuentran ya especializados (se hace una licenciatura en etnohistoria, en lingüística, en arqueología, o en antropología social), o buscar otros esquemas de formación y enseñanza. La conformación de postgrados en Ciencias Sociales, si bien contribuye a la transdisciplinariedad, tiene el riesgo de desarticular una manera de percibir la Antropología cuya tradición se ancla en la frontera entre las Ciencias naturales y de la Cultura. Sin duda, los procesos de integración son indispensables, pero hay que explorar diversas maneras de hacerlo, entre ellas la inclusión de la antropología entre las Ciencias cognitivas, cuya contribución ha sido muy significativa para repensar nuestro concepto de Cultura, desde una perspectiva naturalista y conforme con las nuevas orientaciones de las neurociencias y de la filosofía de la mente.

La división del trabajo actual entre las ciencias sociales actuales es, en gran parte, un producto de la estructura de poder del mundo colonial, en donde la antropología tuvo en gran medida la función de inventar el primitivo, o de contribuir a gobernar los encuentros con los otros. Hoy la antropología tiene también la función de pensar la modernidad y a las sociedades contemporáneas, de pensar los Encuentros del Desarrollo, y de reflexionar sobre su propia génesis. En América Latina tiene la función de contribuir a

pensar nuestra identidad. Tiene, sobretodo, la responsabilidad de pensar y contribuir a la solución de nuestros grandes problemas y de imaginar el futuro.

Recientemente, un prestante antropólogo argentino reclamaba la presencia de los intelectuales ante la crisis de su país: ¿dónde están los intelectuales?, preguntaba; y ¿dónde están los antropólogos? Cuando se terminaba la segunda Guerra Mundial, comentaba el citado antropólogo, la gran antropóloga norteamericana Ruth Benedict publicó su famoso libro *El Crisantemo y la Espada* (1944) que ayudó a pensar la naturaleza política y cultural del Japón, y a tomar decisiones políticas sobre la suerte del Emperador de esta nación vencida incondicionalmente ante los Estados Unidos.

¿Cuál es la función de los antropólogos en un mundo que en vez de encontrarse al *Fin de la Historia y el último Hombre* –como lo pregonaba Fukuyama al declarar el triunfo inexorable de la democracia liberal y del mercado– se encuentra nuevamente enfrentado al *Choque de Civilizaciones*, según la expresión de Huntington? O ¿cuál es la función de los antropólogos en una época que se encuentra enfrentada a la *Hegemonía* de una visión del mundo fundada en un poder militar sin precedentes? Nos parece positivo el surgimiento de nuevos departamentos de Antropología, porque constituye también la oportunidad de repensar el sentido de nuestra profesión y la misión que debe cumplir en un país desgarrado por un gran conflicto interno. La Constitución de 1991 recogió, sin duda, gran parte de la agenda por la que la profesión luchó durante varias décadas; nos compete a nosotros contribuir de forma decisiva a que esta Constitución no sea letra muerta, y Colombia sea un verdadero estado social de derecho y una sólida nación multicultural.

NOTAS

(1) Algunos de los egresados de la primera promoción se convirtieron en arqueólogos profesionales. La segunda promoción se dedicó principalmente a la antropología social.

(2) El resultado de la presencia de este grupo de investigadores en el Cauca dejó, sin duda, un conjunto de trabajos muy significativos. Entre ellos se destacan, por ejemplo, *Popayán y Querétaro. Comparación de sus clases sociales* (1962), de Andrew Whiteford, o los estudios del profesor Crist *The City of Popayán* o *The Cauca Valley* (Pineda G., 1993: 330).

(3) Los estudiantes que ingresamos a estudiar antropología en el segundo semestre del año 68 en la Universidad de los Andes tuvimos como textos *Introducción a la Antropología*

General (1953) de Beals y Hoijer, cuya primer impresión castellana data de 1963 tuvimos que leer *Los Argonautas del Pacífico Occidental* (1922). La antropología social inglesa apenas era conocida (aunque a través de la Escuela de Chicago y sus investigadores en Mesoamérica se había irradiado también a nuestro medio); las corrientes estructuralistas apenas estaban llegando a nuestro país.

Aunque EUDEBA, la editorial universitaria Argentina, había traducido desde comienzos de la década del sesenta la *Antropología Estructural*, el primer curso-seminario sobre estructuralismo francés en Colombia data del año 70; fue dictado por el antropólogo francés Patrice Bidou -discípulo de Lévi Strauss en el Laboratorio de Antropología Social del Colegio de Francia- durante un curso de vacaciones en los Andes. El joven etnólogo Bidou que realizaba su tesis doctoral entre los Tatuyo del Vaupés, no sólo debió enfrentar el reto de explicar *El totemismo en la Actualidad* (1960) de Claude Lévi-Strauss a un selecto e interesado grupo de profesionales y estudiantes, sino de comunicarse en un castellano que apenas estaba aprendiendo.

En nuestro curso de Antropología Física, de otra parte, dictado por José de Recasens, consultábamos el gran libro de Juan Comas ya comentado, aunque también nos introducíamos a los grandes temas de la evolución humana con el libro *Human Evolution* (1968) del inglés Campbell.

(4) De los Departamentos de Antropología de la Universidad Nacional y de los Andes surgieron jóvenes antropólogos (as) que fueron a apoyar la consolidación de los departamentos de Antropología de Antioquia y del Cauca. Por lo menos en sus primeros años, gran parte de los profesores de Antioquia eran egresados de la Nacional, así como los del Cauca eran andinos. Y, en cierta medida, los estilos de una y otra Universidad se transplantaron, en estos primeros tiempos, a estos otros centros docentes.

(5) Los trabajos de grado en arqueología constituyen una relativa minoría en el conjunto total de tesis presentadas. Según Chaves, hasta 1990, en los Andes estos ocupaban el 14.9% del total de trabajos de grado; para la misma fecha, en la Nacional alcanzaban el 10.7 %. En el Cauca el 9.3 % y en la Universidad de Antioquia el 11.1 % (Chaves, 1990: 40).

BIBLIOGRAFÍA¹

- Arocha, Jaime & Friedemann, Nina. 1984. *Un Siglo de Investigación Social: Antropología en Colombia*. Bogotá: Editorial Etno.
- Arocha, Jaime & Friedemann, Nina. 1979. *Bibliografía anotada y directorio de antropólogos colombianos*. Sociedad Colombiana de Antropología. Bogotá: Tercer Mundo.

¹ Sin duda, hoy en día la Bibliografía sobre la Historia de la Antropología colombiana es relativamente amplia aunque dispersa. A continuación me permito citar los principales títulos consultados.

- Arcila Vélez, Graciliano. 1994. Respuesta al homenaje ofrecido por el Departamento de Antropología a Graciliano Arcila Vélez. *Boletín de Antropología*, Universidad de Antioquia, volumen 8, No. 24.
- _____. 1996. *Memorias de un Origen. Caminos y Vestigios*. Medellín: Ediciones de la Universidad de Antioquia.
- Barragán, Carlos Andrés. 2001. *Antropología colombiana: Del Instituto Etnológico Nacional a los programas universitarios (1941 - 1980). El caso del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes*. Tesis de Antropología, Universidad de los Andes. Bogotá.
- Botero, Clara Isabel. 1996. Algunas reflexiones sobre la relación entre museos y patrimonio en el caso de museos de antropología e historia en Colombia. *Boletín de Arqueología*, Año II, No.3, septiembre. Bogotá: Banco de la República. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.
- Chaves, Álvaro. 1990. Reseña histórica de la enseñanza de la Arqueología en Colombia. *Boletín de Antropología*, Vol. 5, No. 5. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Antropología.
- _____. (Editor). 1990. *La Enseñanza de la Antropología. Memorias del V Congreso Nacional de Antropología*. Villa de Leyva: Pontificia Universidad Javeriana, Colegio Máximo de las Academias Colombianas
- Chávez, Milciades. 1986. *Trayectoria de la Antropología en Colombia. 1930-1960. De la Revolución en Marcha al Frente Nacional*. Bogotá: Colección Científica COLCIENCIAS.
- Duque Gómez, Luis. 1955. *Colombia: Monumentos Históricos y Arqueológicos*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Dussán de Reichel Alicia. 1967. Reunión para la integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas. Informe de Colombia. *Anuario Indigenista*, Vol. XXVII: 66-73. México.
- Echeverri de Ferrufino, Ligia. 1990. "Algunas reflexiones sobre la enseñanza y la aplicación de la antropología en la búsqueda y consolidación de la Identidad cultural". En Chaves, Álvaro. (Editor). *La Enseñanza de la Antropología. Memorias del V Congreso Nacional de Antropología*. Villa de Leyva: Pontificia Universidad Javeriana, Colegio Máximo de las Academias Colombianas.

- Gómez, Herinaldi. 1990. *Silencios, susurros y voces de la antropología en el Cauca*. Popayán: inédito.
- ICAN. 1990. *Una década de producción antropológica en Colombia (1980- 1990)*. Bogotá: Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología, Banco de la República.
- Henaó, Hernán. 1994. El Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia: veinticinco años de pasos. *Boletín de Antropología*, Vol. 8, No. 4. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Jimeno Myriam, Sotomayor María & Zea Hildur. 1991. *Evaluación de la producción y práctica antropológica. Parámetros y tendencias de la formación profesional*. Bogotá: Departamento de Antropología, Universidad Nacional. Bogotá.
- Jimeno, Myriam. 1993. "La Antropología en Colombia". En *Balance de la Antropología en América Latina y el Caribe*, Arizpe Lourdes y Serrano Carlos (comp.) México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____. 1999. Desde el punto de vista de la periferia: Desarrollo profesional y conciencia social. *Anuario Antropológico*, No. 97: 59-72. Río de Janeiro.
- Méndez, Miguel. 1967. Instituto de Antropología. *Boletín trimestral*, No. 1. Popayán: Universidad del Cauca
- Pineda Giraldo, Roberto. 1999. Inicios de la Antropología en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, No. 3, Junio. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Robledo, Sonia. 1995. *Origen de la Antropología en la Universidad de Antioquia*. Tesis de Magíster en Dirección Universitaria. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Román S. Álvaro. 1986. Apuntes para una historia del Departamento de Antropología. 1966- 1986. 20 Años. *Cuadernos de Antropología*, No. 11. Bogotá: Departamento de Antropología, Universidad Nacional.
- _____. 2003. Enrique valencia en el albor de la carrera de antropología de la Universidad Nacional. *Revista Maguaré*, Departamento de Antropología Universidad Nacional de Colombia, nos. 15-16, pp. 237-243.
- Uribe, Carlos. 1980. La Antropología en Colombia. *Revista América Indígena*, Vol. XI, No. 2. México.
- _____. 1980. Contribución al estudio de la historia de la Etnología colombiana (1970- 1980). *Revista Colombiana de Antropología*, No. 23, p. 19-35. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

- _____. 1986. Perspectivas para el Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes. *Revista de Antropología*, No. 2, p. 179-185. Bogotá: Departamento de Antropología, Universidad de los Andes.
- Valencia, Enrique. 1967. Los estudios antropológicos en el marco de la Universidad Nacional. Informe de Colombia, Reunión para la integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas. *Anuario Indigenista Interamericano*, diciembre, pp. 74- 91. México.

